

¿Una solución o un problema? Reflexiones en torno al fenómeno de la inmigración en el Primer Mundo.

Caamaño Walter y Caamaño Walter.

Cita:

Caamaño Walter y Caamaño Walter (2010). *¿Una solución o un problema? Reflexiones en torno al fenómeno de la inmigración en el Primer Mundo. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/669>

¿Una solución o un problema? Reflexiones en torno al fenómeno de la inmigración en los países del Primer Mundo

Trabajo preparado para su presentación en el V^{to} Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Buenos Aires, 28 a 30 de julio de 2010.

Lic. Walter J. Caamaño
CONICET-UBA-UNSAM
wjc@fibertel.com.ar

Área temática: relaciones internacionales

Resumen

La inmigración es vista en los países del Primer Mundo como un mal que los afecta porque les genera profundos e irresolutos problemas que el Estado no puede resolver. Ahora bien, ¿realmente la inmigración es algo malo para el Primer Mundo? Este artículo pretende abordar este fenómeno de un modo más profundo y objetivo, y pretende demostrar que la migración de mano de obra desde los países periféricos a los países desarrollados no debe entenderse únicamente de un modo negativo. Por último, más que un análisis empírico, intenta ser una reflexión fundada en la observación de las tendencias de cambio social global de principios del siglo XXI y se centra en el caso particular de la migración latinoamericana hacia los Estados Unidos, España y Holanda, y la Unión Europea (entendida como Estado supranacional) por ser los destinos más elegidos por los inmigrantes de origen latinoamericano.

1. Introducción

La inmigración en el Primer Mundo por lo general es vista y entendida allí como un mal que afecta de manera negativa a los países que lo conforman, especialmente desde los medios de comunicación, desde ciertos sectores de la dirigencia política y desde la sociedad misma, porque les genera profundos e irresolutos problemas que el Estado no puede resolver de modo medianamente satisfactorio y que, por lo tanto, debe colocársele un límite antes de que sea demasiado tarde. Ahora bien, ¿la inmigración es realmente algo malo? ¿Qué tan cierto es que afecta negativamente a los países centrales?

El presente artículo persigue varios objetivos. Entre sus objetivos generales busca reflexionar sobre la inmigración en el Primer Mundo y contribuir al debate existente en torno a este fenómeno social dentro de las Ciencias Sociales. En este sentido, es importante aclarar que este artículo no constituye un análisis empírico propiamente dicho, sino una reflexión fundada en la observación de las tendencias de cambio social global que la primera década del siglo XXI nos depara. Y tiene como objetivo principal analizar si realmente la migración masiva de mano de obra de los países periféricos a los países centrales es algo negativo que únicamente le ocasiona problemas de difícil solución al Estado, como ciertas voces pretenden hacernos ver, en aras de responder a las preguntas recién planteadas.

Asimismo, este artículo pretende corroborar una hipótesis de trabajo. ¿Cuál es esta hipótesis? Aquella que sostiene que la migración de fuerza de trabajo no debe ser vista únicamente como un problema, sino también como una solución a diversos desafíos que las sociedades y los Estados en los países del Primer Mundo deben afrontar, y que son difíciles de resolver. Y para poner a prueba esta hipótesis, centro mi análisis en el caso particular de la migración latinoamericana hacia países como los Estados Unidos, España y Holanda, y la Unión Europea entendida como Estado supranacional porque son los destinos más elegidos por los inmigrantes de origen latinoamericano de acuerdo a análisis de la CEPAL (2006).

Este artículo está organizado en tres apartados. En el primer apartado, a los efectos de introducir al lector en el fenómeno migratorio, se hace una presentación del mismo que recorre brevemente su origen y evolución, las causas que lo originan, las características actuales que adopta y qué dice la literatura reciente sobre él. El segundo apartado está dedicado a analizar la cuestión central de este artículo, esto es, la disyuntiva sobre si la inmigración constituye un problema o una solución para los países del Primer Mundo. Por último y a modo de cierre, el apartado final está destinado a la formulación de algunas conclusiones tentativas que surgen a partir de este trabajo de investigación.

2. El fenómeno migratorio

El fenómeno de las migraciones bien podría ser entendido como una contratendencia a la globalización, como pueden ser la afirmación de identidades y la reconstrucción y resignificación del Estado-Nación (Garretón, 2000b). Pero si lo entendemos así, caeríamos en el error de ignorar el soporte humano de la globalización y, por consiguiente, reducirla a meros movimientos económicos generados por actores anónimos, como bien afirma García Canclini (1999). En este sentido, coincido plenamente con este autor en que las migraciones de hoy en día deben ser entendidas como una parte intrínseca y esencial de la globalización, pues son causadas y potenciadas por el modelo actual de desarrollo que este proceso nos ofrece (un modelo que está centrado en las fuerzas transnacionales de mercado y, por ende, expulsa mano de obra y excluye a varios sectores de la humanidad), y que para ello es fundamental tener presente que los procesos globales están constituidos por la circulación fluida y constante de capitales, bienes, servicios y mensajes a través de las fronteras del Estado-Nación, pero también de personas que se trasladan con frecuentes idas y vueltas entre países y culturas, manteniendo vínculos asiduos entre las sociedades de origen y las sociedades huéspedes o de itinerancia. No nos olvidemos, después de todo, que la globalización presenta múltiples dimensiones, una económica, una social, una cultural y una política (Garretón, 2000b), y las migraciones forman parte de la segunda dimensión como resultado, quizás indeseado, de las secuelas negativas que va dejando a su paso la dimensión económica de la globalización.

Las migraciones, sin embargo, no son un fenómeno actual ni tampoco empezaron a fines del siglo XX con la entrada en escena de la globalización. Este fenómeno existió siempre, desde el mismo instante en que hizo su aparición el género humano. La diferencia radica en que es el capitalismo quien, como consecuencia de las fluctuaciones económicas que ocasiona, trajo aparejado el surgimiento de las migraciones de carácter laboral. Hasta ese entonces, las migraciones constituyeron un fenómeno esencialmente local o regional, limitado en el plano geoeconómico a las áreas continentales. Sin embargo, lo que hasta hace unos cincuenta años atrás era considerado como una situación normal, incluso bien vista y potenciada por un Primer Mundo necesitado de fuerza de trabajo luego de las secuelas desastrosas de la Segunda Guerra Mundial, resulta hoy día un problema muy serio, en especial para el selecto grupo de países que forman parte de él (Barros Fernández y Zaldívar Piedra, 2004).

El fenómeno migratorio ha crecido en las últimas dos décadas a niveles alarmantes, como resultado directo del impacto de la globalización sobre las economías nacionales y las graves desigualdades sociales que esto conlleva entre regiones y países, y dentro de un mismo país. Hoy más que nunca las fronteras se han vuelto muy permeables porque, en lugar de detener a la gente, son lugares que la gente cruza constantemente (García Canclini, 1999). Por ejemplo, el número de migrantes alrededor del mundo ha crecido sostenidamente en la segunda mitad del siglo XX al punto tal que las personas nacidas en un territorio diferente al que residían en 1965 eran 75 millones y en el año 2002 esa cifra llegó a aproximadamente 175 millones (Naciones Unidas, 2002). Y más que detenerse, hay una tendencia evidente de que en el corto plazo estas cifras y diferencias se profundizarán aún más. Pero quizás lo más notorio de todo este fenómeno social es que el sentido de los viajes migratorios se invirtió. Así se inició un ciclo de migraciones del Tercer Mundo hacia el Primer Mundo, que es la que me interesa tratar en el presente artículo, formado por contingentes numerosos de perseguidos políticos y

desempleados o gente cansada del estrecho horizonte que le ofrecen sus países de origen¹. Y América Latina no permanece ajena ni distante a esta nueva coyuntura. En efecto, dejó de ser un área receptora de inmigrantes para convertirse en un área expulsora de migrantes². Pareciera que concluyó la época de “hacer la América” para los europeos y llegó el tiempo en que los “sudacas” o latinos imaginan que es posible participar del auge económico de la Unión Europea y los Estados Unidos (Lida, 1997). Las sociedades latinoamericanas, que recibieron entre 1850 y 1950 vastas oleadas de inmigrantes europeos (y asiáticos también), desde hace tres décadas vienen expulsando a millones de hijos y nietos de aquellos inmigrantes hacia Europa y los Estados Unidos³, primero a raíz de la presencia de dictaduras militares sanguinarias y luego, más cerca en el tiempo, debido a sucesivas crisis económicas generadoras de pobreza y desocupación (García Canclini, 1999). Argentina y Brasil, por ejemplo, desde los últimos diez años presentan una tendencia netamente emigratoria, a pesar de que siempre se caracterizaron por ser países receptores de inmigrantes.

La literatura sobre migraciones, como bien sostienen Barros Fernández y Zaldívar Piedra (2004), conoce infinidad de teorías que tratan de abordar y explicar esta temática desde diferentes puntos de vista, aunque en su mayoría desde una óptica económica: el modelo de repulsión-atracción de Ernst Georg Ravenstein (padre del pensamiento moderno sobre las migraciones), las modernas concepciones de la migración en el marco de la globalización, la teoría de la dependencia, la emigración como forma de cambios desiguales entre naciones, el elemento de la disparidad del desarrollo aportado por Samir Amín o la teoría neoclásica (que combina la concepción micro de la toma de decisión individual con la contraparte macroestructural). Empero, todas ellas han quedado obsoletas al haberse visto superadas por la realidad actual, sumida en un proceso de globalización irreversible.

¿Pero qué es lo que origina el fenómeno de las migraciones? El principal elemento que moviliza a millones de migrantes es sin dudas el económico. No se puede negar que hay una relación directa entre las migraciones y las malas condiciones económicas de los países de origen, que se traduce en falta de oportunidades laborales y de confianza en el futuro, dificultades en el acceso a salarios dignos, situaciones de pobreza y exclusión social, etc., potenciadas todas ellas por la globalización. Por ejemplo, si se revisan las estadísticas sobre la salida de ecuatorianos hacia el exterior, podrá notarse que las cifras suben precisamente en aquellos años de recesión y conflicto (Ruiz, 2002). Los inmigrantes por lo general provienen de aquellos sectores sociales que han sido excluidos del sistema productivo y buscan en otros países las oportunidades que no encuentran en sus países de origen. Es decir, son individuos subempleados o desempleados. Pero también se da la situación de muchas personas que emigran a pesar de tener un empleo, como es el caso de los inmigrantes ecuatorianos en España y Holanda (Ruiz, 2002). Son asalariados que emigran para conseguir un mejor empleo, una mejor remuneración, más y mejores oportunidades laborales. Ya sean desocupados, subocupados o asalariados mal pagos, en términos generales emigran en forma masiva a Europa y los Estados Unidos con la esperanza de alcanzar un nivel de vida superior al que dejaron atrás porque, como bien marqué anteriormente, la globalización genera en los países subdesarrollados fracturas, segregaciones y la exclusión y posterior expulsión de enormes masas de gente. La búsqueda insaciable y muchas veces desesperada de más y

¹ Los países que más expulsan migrantes son Argelia, Bangladesh, Camerún, Egipto, Filipinas, Gambia, India, Kenia, Marruecos, Nigeria, Pakistán, Senegal, Somalia, Túnez y Turquía.

² Los países latinoamericanos que se destacan por ser expulsores de mano de obra son Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, Haití, México, Perú, Puerto Rico y República Dominicana.

³ La comunidad latina en los Estados Unidos, por ejemplo, ha ido creciendo paulatinamente en los últimos años, al punto tal que, con 37 millones de personas, pasó a ser la minoría más numerosa por encima de la comunidad afroamericana (36,2 millones) y la asiática (12,1 millones), y es el grupo étnico que más perspectivas tiene de seguir creciendo (Barros Fernández y Zaldívar Piedra, 2004).

mejores posibilidades de progreso económico y social son motivaciones muy fuertes para que una persona decida abandonar el país donde nació y se crió. Además, el nivel de vida en los Estados Unidos y los países que conforman la Unión Europea es uno de los más altos del mundo, situación que desde luego opera como atrayente irresistible para los migrantes latinoamericanos que viven en el subdesarrollo y en su mayoría sumidos en la pobreza. Si la Unión Europea y los Estados Unidos son el principal destino de los inmigrantes, es consecuencia de su positiva imagen de espacio de prosperidad (Morales, 2008).

Si bien las migraciones en gran parte obedecen a factores económicos, también es cierto que existen otro tipo de razones que llevan a que un individuo decida dejar su país de origen. No es posible afirmar que las migraciones sean consecuencia exclusiva de factores económicos o de la decisión racional y objetiva de quienes migran. Una explicación que pretenda abarcar el fenómeno migratorio en su totalidad debe tener presente asimismo factores muy diversos tales como políticos, psicológicos (alentados por contextos de inseguridad y violencia en las sociedades de origen), de género, étnicos o motivaciones personales. Por ejemplo, la necesidad de reunirse con familiares que ya se encuentran en el exterior puede determinar que una persona se decida a enfrentar el proceso de la migración. Las migraciones hoy día son tan complejas que escapan a cualquier intento de generalización o simplificación (Barros Fernández y Zaldívar Piedra, 2004; Ruiz, 2002).

Por otra parte, no todas las migraciones son iguales. Este fenómeno social es muy amplio y heterogéneo y, por lo tanto, es necesario hacer una diferenciación analítica en aras de lograr una comprensión más profunda del mismo. La literatura clásica sobre las migraciones suele distinguir primeramente entre migraciones voluntarias y migraciones compulsivas. Las primeras son las que obedecen casi siempre a razones económicas o personales y las segundas, las que suceden por violencia, persecuciones políticas o por guerras (García Canclini, 1999). Después de todo, no es lo mismo cruzar el Atlántico “en busca de pan o de paz” (Lida, 1997: 17).

En segundo lugar, siguiendo un criterio que tiene que ver más con el objetivo y la duración de la migración que con el motivo u origen de la misma, como en el caso de la distinción anterior, la literatura distingue entre migraciones de instalación definitiva o de poblamiento, migraciones temporales por razones laborales y migraciones de instalación variable (intermedias entre las dos precedentes). Las dos últimas modalidades son las que crecieron en los últimos veinte años (Garson y Thoreau, 1999).

Es posible también hacer una tercera diferenciación, referida en este caso al actor central del fenómeno estudiado, es decir, el migrante en sí. Establecer una distinción entre migrantes es importante porque las migraciones abarcan a un conglomerado muy heterogéneo de personas y además ayuda a entender o explicar las reacciones de los países centrales hacia los inmigrantes que habitan dentro de sus fronteras. Los tipos de migrantes pueden ser definidos en función del nivel de capacitación y/o educación, y el país de origen. Así nos encontramos con migrantes de un alto o bajo nivel de calificación y migrantes que provienen de países más o menos rechazados que otros. Por ejemplo, aquellos inmigrantes que gozan de un nivel educativo alto (mano de obra calificada) son bien recibidos en el Primer Mundo, pues contribuyen de manera positiva al crecimiento económico del país huésped, y por lo tanto tienen más facilidad de integrarse económica y socialmente en él. No son considerados como una carga a diferencia de los inmigrantes con poco o nulo nivel de calificación. Este tipo de inmigrante es objeto de rechazo en el Primer Mundo y hacia él están dirigidas las actitudes hostiles y xenófobas de las sociedades receptoras y las políticas inmigratorias endurecidas de los últimos tiempos.

Y por último, corresponde diferenciar entre migraciones de carácter legal y migraciones de carácter ilegal. Esta última distinción guarda relación con la situación regular o irregular del

inmigrante en el país huésped, es decir, si el Estado acepta cobijarlo en su territorio o si, por el contrario, el inmigrante ha ingresado clandestinamente en él, obviando los pasos administrativos formales establecidos. Además, no deja de ser importante porque la migración legal está íntimamente asociada con el concepto de ciudadanía, de la que se deriva el acceso y goce de determinados derechos y servicios sociales. Lamentablemente la gran mayoría de los inmigrantes están en una situación irregular en los países desarrollados y esto hace que el inmigrante indocumentado se vea muy perjudicado pues el hecho de no tener la documentación en regla lo coloca en una situación de extrema fragilidad y vulnerabilidad, y al no ser un ciudadano, no tiene acceso a servicios elementales como la salud pública y la educación.

Estas distinciones, huelga decir, responden más a cuestiones metodológicas que a cuestiones relacionadas con lo fáctico. Estamos hablando de tipos ideales que, en tanto herramientas analíticas que se construyen a los efectos de lograr una mejor comprensión del fenómeno estudiado, en la realidad no pueden ser diferenciados tan fácilmente o de manera nítida. Por ejemplo, y en consonancia con una acertada reflexión al respecto que hace Ruiz (2002), es difícil establecer una división clara entre migraciones voluntarias y migraciones forzadas puesto que generalmente la decisión de emigrar combina motivaciones e iniciativas personales, como la necesidad de “realizarse” o conocer otros mundos, con condicionamientos políticos, sociales y económicos. Es decir, en la práctica se da una combinación entre voluntad y coacción a la hora de decidir abandonar el país de origen.

En este artículo, tomo en cuenta todos los tipos de migraciones mencionados: migraciones voluntarias o compulsivas, migraciones de instalación definitiva, temporales o de instalación variable, migraciones de mano de obra calificada o de mano de obra no calificada, y migraciones de carácter legal o ilegal, desde los países “tercermundistas” de América Latina hacia el Primer Mundo en lo que Pellegrino (2003) denomina cuarta fase del proceso migratorio latinoamericano⁴, por la sencilla razón de que todas se ajustan a la hipótesis rectora de esta investigación. La diferenciación hecha obedece a la intención de introducir al lector en el tema, como ya lo marqué en la introducción, pero también porque resulta útil para responder a las preguntas formuladas en la introducción a este artículo y, en consecuencia, para corroborar la hipótesis del mismo.

3. Inmigrantes en el Primer Mundo

Este apartado busca responder a la pregunta formulada en la introducción, aquella que refiere a si la inmigración de mano de obra significa una solución o un problema para los países del Primer Mundo. Pero antes de pasar a responder esta pregunta, creo necesario primero responder otra pregunta: ¿los inmigrantes logran integrarse a la base socioeconómica y cultural⁵ de las sociedades receptoras del Primer Mundo o son condenados a conformar el

⁴ Pellegrino (2003) identifica cuatro etapas en el proceso migratorio latinoamericano desde la llegada de los españoles a América en 1492. La primera abarcó todo el período colonial y se caracterizó por la incorporación de población procedente de España y Portugal, y de población africana esclava. La segunda, que tuvo lugar entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, fue la etapa en la que América Latina, especialmente la región sur, recibió grandes corrientes de inmigración europea. La tercera fase transcurrió desde 1930 hasta mediados de la década del '60 y en ella se produjeron movimientos internos de población hacia las grandes ciudades. La cuarta fase, la actual, comenzó en las últimas décadas del siglo XX. En esta etapa, el saldo migratorio pasó a ser negativo y la emigración hacia los Estados Unidos y otros países desarrollados se convirtió en el hecho dominante del panorama migratorio de la región.

⁵ La base socioeconómica y cultural es uno de los tres elementos que, según Garretón (2000a), componen la matriz sociopolítica. Este reconocido autor entiende que dicha matriz es la columna vertebral de toda sociedad moderna y la define como las relaciones mediadas por el régimen político entre el Estado, el sistema de representación o estructura político-partidaria, y la base socioeconómica y cultural de éstos (que es el momento de participación y diversidad de la sociedad civil). En otras palabras, es la matriz de configuración de los sujetos o actores sociales propia de cada sociedad.

pelotón de excluidos como en sus países de origen? La respuesta a esta segunda pregunta es fundamental para poder responder la primera y para responderla debo primero trabajar alrededor del concepto de integración y establecer matices en su interior puesto que es un concepto amplio y abarcativo. Esto es lo que haré a continuación.

Ámbitos de integración

La integración del inmigrante puede darse en cuatro ámbitos bien diferentes. En el ámbito económico, cuando el inmigrante logra conseguir un empleo remunerado, independientemente de estar o no regularizado, en la sociedad huésped. En el ámbito social, cuando el inmigrante es bien recibido por la sociedad huésped. En el ámbito cultural, cuando el inmigrante adopta el idioma, las costumbres, los hábitos, los valores y la vestimenta de la sociedad donde se instala. Y por último, en el ámbito de la política, es decir, cuando el inmigrante puede y decide participar en elecciones para cargos de representación popular, ya sea como votante o candidato mismo. Es posible distinguir entonces cuatro tipos de integración: integración económica, integración social, integración cultural e integración política.

¿Qué pasa entonces cuando el inmigrante decide abandonar su país de origen y se instala en el Primer Mundo? En el ámbito económico, pese a tener que sortear previamente muchas dificultades (vicisitudes de tipo legal, discriminación social y carencias materiales, entre otras), los inmigrantes han logrado integrarse económicamente en las sociedades receptoras del Primer Mundo, tanto en el mercado laboral como en el mercado de consumo. Si el inmigrante realmente fuese un individuo excluido en términos económicos, no debería provocar ningún tipo de conflicto en las sociedades receptoras y los trabajadores nativos no tendrían por qué temer de él, ya que al estar excluido del sistema productivo, se convertiría en un elemento que sobra, que no sirve, que no le importa a nadie. Sería algo así como un elemento desechable y por lo tanto no constituiría un factor de competencia ni de amenaza alguna. Si el inmigrante está excluido del sistema, ¿es dable pensar que está en condiciones de quitarle el empleo a alguien?

No obstante, se da la paradoja de que la integración económica del inmigrante conduce a su exclusión social. En las sociedades huéspedes, el inmigrante es considerado un *free rider* que arriba con el único propósito de aprovecharse de los beneficios del desarrollo económico, una amenaza que pretende robarles el empleo a los trabajadores nativos y/o el culpable de situaciones de inseguridad urbana o de posibles nubarrones en la economía. Estas actitudes de rechazo y discriminación hacia el inmigrante dejan como resultado que este sujeto no logre integrarse socialmente en las sociedades huéspedes. Holanda es la excepción. Allí los inmigrantes de origen ecuatoriano están integrados socialmente y no sin víctimas de actitudes xenófobas o racistas, a diferencia de, por ejemplo, sus connacionales en España. Los inmigrantes ecuatorianos se sienten cómodos de vivir en este país, más allá de tener que enfrentar situaciones de inestabilidad salarial y habitacional, y falta de seguridad social y de papeles en regla, porque perciben que son bien tratados por los holandeses y que en términos generales la sociedad holandesa es muy poco racista (Ruiz, 2002).

Los inmigrantes en cambio sí han logrado un nivel de integración cultural aceptable dentro de las sociedades huéspedes, con sus matices por supuesto, fundamentalmente quienes eligieron como destino a los Estados Unidos. Hay un proceso de integración cultural claro porque el inmigrante adopta los parámetros culturales de la sociedad que lo recibe.

Y en lo que refiere al ámbito de la política, no hay evidencias de que exista una integración política de los inmigrantes en los países que conforman la Unión Europea y con la reciente

batería de políticas inmigratorias restrictivas, como la Directiva de Retorno⁶, tampoco se perciben indicios de un cambio en el rumbo seguido. En la Unión Europea, no existe ni se impulsa desde las más altas esferas del Estado la participación política de los inmigrantes, lo que termina jugando en contra de una efectiva integración política de los mismos. El caso norteamericano es en este punto una excepción a la regla. En el caso particular de los inmigrantes de origen latino, sí están integrados políticamente en los Estados Unidos. Los inmigrantes latinos han accedido en los últimos tiempos a cargos importantes en los tres niveles de gobierno (municipal, estadual y federal) y se han presentado en elecciones, muchas veces con resultados exitosos. Por ejemplo, Sonia Sotomayor, jueza de la Suprema Corte desde agosto de 2009, es la primera integrante de la comunidad latina en llegar al máximo tribunal norteamericano y en acceder al puesto más alto al que ha llegado un hispano en toda la historia estadounidense.

Tantos matices demuestran que las experiencias inmigratorias son diversas e incluyen al mismo tiempo momentos de inclusión (oportunidades) y exclusión (restricciones) (Ruiz, 2002), razón por la cual se vuelve muy difícil establecer generalizaciones respecto de si los inmigrantes son individuos integrados o excluidos cuando deciden instalarse en un nuevo país. En este sentido, se equivocan tanto quienes piensan que los inmigrantes no se incorporan a la base socioeconómica y cultural de las sociedades del Primer Mundo, sino que siguen siendo actores excluidos (por la sencilla razón de que provienen de culturas diferentes, son indocumentados, tienen empleos informales, residen en guetos, son víctimas del rechazo, el racismo y la discriminación, y carecen de acceso a bienes y servicios públicos), como quienes sostienen lo contrario porque en ambos casos formulan afirmaciones muy generales que parten de análisis superficiales. En todo caso, me atrevo a afirmar que en algunos ámbitos los inmigrantes están integrados y en otros no, y que esta diferencia depende tanto de la sociedad receptora como del origen y las características propias de los inmigrantes. Lo que sí puedo afirmar es que la integración económica y cultural del inmigrante es incuestionable tanto en la sociedad norteamericana como en los países miembros de la Unión Europea.

La integración económica del inmigrante trae consecuencias positivas y negativas para los países desarrollados. La integración del inmigrante al mercado laboral no debe ser vista como un problema por los recelos que ella puede generar en la fuerza de trabajo nativa. Todo lo contrario. Diferentes análisis sobre la inserción laboral de los inmigrantes latinoamericanos (CEPAL, 2006; Pellegrino, 2003; Pujadas y Massal, 2002) indican que el inmigrante ocupa los empleos de menor calificación y que, por ende, ofrecen los salarios más bajos del mercado (tanto en el ámbito rural, como en el sector de la construcción, las empresas de servicios, las obras públicas y en los hospitales, entre otros), que los trabajadores nativos no quieren ocupar, como se puede ver claramente en el Cuadro 1 para el caso específico de los Estados Unidos. El inmigrante acepta los empleos que el trabajador nativo por lo general desecha, como por ejemplo trabajar de plomero, chofer, mesero o limpiando baños en cafeterías o locales de comida rápida, porque no tiene grandes exigencias en materia salarial y de condiciones laborales, y se conforma con cualquier tipo de empleo con tal que le asegure un ingreso mensual, que seguramente será más alto que en su país de origen. Pero donde mayores posibilidades de encontrar empleo tienen los inmigrantes es en el sector informal, principalmente en el trabajo doméstico, como ser limpiar casas de familia o cuidar niños y ancianos. Resulta notable su inserción en ambos sectores económicos y esto es consecuencia directa de que los trabajadores nativos desechan los empleos de menor calificación y nivel por otros de mayor remuneración. Por ejemplo, tanto en España como en Holanda hay una alta

⁶ Esta directiva, que fue aprobada en junio de 2008 por el Parlamento Europeo y que entrará en vigencia en el transcurso de este año, endurece de manera drástica las condiciones de detención y expulsión de los inmigrantes ilegales. Ella es la reacción más resonante de los últimos tiempos del Primer Mundo hacia los inmigrantes en situación irregular.

demanda de empleadas domésticas, que es cubierta por inmigrantes ecuatorianas, como resultado de la masiva incorporación de la mujer española y la mujer holandesa al mercado laboral y el creciente envejecimiento de la población en general (Pujadas y Massal, 2002; Ruiz, 2002). Y en los Estados Unidos, inmigrantes de Haití y República Dominicana son por lo general quienes conducen los taxis en la ciudad de Stamford del estado de Connecticut. En este sentido, la integración del inmigrante al mercado laboral es una solución interesante para las sociedades desarrolladas pues viene a solucionar el problema del abandono de los puestos de trabajo de baja remuneración, esenciales para el buen funcionamiento de toda economía capitalista, por parte de la fuerza de trabajo nativa.

Cuadro 1				
Distribución de la mano de obra nativa y extranjera en el mercado laboral norteamericano (2000)				
<i>Ocupación</i>	<i>Hombres</i>		<i>Mujeres</i>	
	<i>Extranjeros</i>	<i>Nativos</i>	<i>Extranjeras</i>	<i>Nativas</i>
<i>Ejecutivos y directivos</i>	9,8	15,8	10,0	14,8
<i>Profesionales especializados</i>	12,9	13,6	14,5	18,5
<i>Trabajadores de servicio</i>	13,4	9,5	26,9	16,4
<i>Operadores y artesanos</i>	12,2	6,5	22,2	14,8
<i>Operadores de instalaciones y máquinas</i>	22,7	18,8	13,5	6,1
<i>Agricultores, trabajadores agropecuarios y pesqueros</i>	6,3	3,3	1,6	1,1

Fuente: CEPAL (2006).

La integración al mercado de consumo por parte del inmigrante también le depara beneficios a las sociedades huéspedes y al Estado. Los inmigrantes constituyen un interesante mercado de consumo, sobre todo si tenemos presente que el mercado de consumo en los países del Primer Mundo en muchas actividades económicas ha encontrado su techo. Los inmigrantes no son una carga para las economías desarrolladas porque, independientemente que sean indocumentados o de baja calificación, les inyectan dinamismo sobre todo cuando muchas ya están casi saturadas y no presentan perspectivas de poder seguir creciendo. Y al mejorar la actividad económica, crece la recaudación y el Estado dispone de más fondos para utilizar.

Estados Unidos es quizás el país donde se da el mayor interés por parte de ciertos sectores nativos para que haya una efectiva integración económica de los inmigrantes latinos. No obstante, este interés que muestran no obedece a sentimientos de simpatía, aprecio o compasión hacia los latinoamericanos, sino por lo numerosa que es su comunidad y su potencial como consumidores que deben ser conquistados. Un ejemplo de la importancia que los inmigrantes latinoamericanos, y en especial los de habla hispana, revisten para el mercado norteamericano es la cadena de televisión Univisión. Esta cadena es una de las más importantes en el país del norte y está dirigida exclusivamente hacia el público hispanoparlante. De hecho, su programación está completamente en español y ofrece una

amplia gama de secciones informativas o comerciales dedicadas al inmigrante latinoamericano (Barros Fernández y Zaldívar Piedra, 2004).

Un mercado donde los inmigrantes juegan un rol central es el de las telecomunicaciones. En función de que las migraciones actuales hacia la Unión Europea y los Estados Unidos no implican una desconexión entre los que se van y los que se quedan, merced principalmente a la revolución en las comunicaciones que permite a los inmigrantes mantener una comunicación fluida con sus familiares y lugares de origen (García Canclini, 1999), los inmigrantes gastan importantes sumas de dinero anualmente para comunicarse con familiares de sus comunidades de origen, ya sea por teléfono, correo electrónico, correo tradicional y/o mensajes radiales, como es el caso de los inmigrantes latinoamericanos que residen en los Estados Unidos. Según un estudio hecho a principios de la década de los noventa (antes de que se generalizara el uso de Internet), el 95% de los brasileños residentes en Nueva York ya gastaba entre 85 y 200 US\$ mensuales en llamadas telefónicas a Brasil (García Canclini, 1999). Con la revolución en las comunicaciones que viene ocurriendo a pasos agigantados, no es descabellado pensar que estas cifras se hayan multiplicado abismalmente en lo que va del siglo XXI.

Asimismo, la inmigración significó un empuje fundamental para que determinadas economías europeas alcanzaran el desarrollo. Por ejemplo, el éxito económico de España de los últimos años es inexplicable sin la inmigración puesto que creció exponencialmente sobre la base de quienes llegaron de América Latina. De hecho, es uno de los países europeos que más se beneficiaron con el aluvión migratorio del siglo XXI al punto tal que, según un informe del gobierno español de 2006, el 30% del crecimiento de su PBI en los últimos diez años se debió al proceso de inmigración.

Como consecuencia negativa, la integración económica de los inmigrantes trastoca la base socioeconómica y cultural de cada sociedad huésped y le genera así al Estado más de un inconveniente serio. Por un lado, la inserción de los inmigrantes en el mercado laboral provoca sentimientos de competencia, miedo y rechazo en los trabajadores nativos de la sociedad huésped por temor a caer en la exclusión, que a su vez se traduce en una etnización de las relaciones sociales, el crecimiento de movimientos y partidos políticos xenófobos (García Canclini, 1999), la discriminación y segregación social, y en la sucesión de reacciones cargadas de racismo, xenofobia y violencia, sobre todo en espectáculos deportivos, a pesar de la vigencia de leyes que proscriben y sancionan la discriminación. Como bien afirma García Canclini (1999), en las sociedades del Primer Mundo se viene dando el surgimiento y diseminación de estereotipos en contra del inmigrante que plasman sentimientos de rechazo, discriminación y desconfianza hacia su figura⁷. En los Estados Unidos, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 jugaron un papel crucial para incrementar y fortalecer los sentimientos xenófobos de la población norteamericana hacia los inmigrantes, sobre todo a partir de la relación directa de inmigrantes islámicos con los atentados mencionados. Desde entonces se desencadenó toda una serie de opiniones sugiriendo disminuir vertiginosamente la aceptación de extranjeros en ese país (Hernández Camacho, 2005). Y en España, los inmigrantes de avanzada edad son acusados de querer arribar a ese país únicamente para utilizar los servicios de salud pública.

Y por otro lado, frente a esta situación de grandes oleadas migratorias que desembocan en constantes y crecientes presiones hacia arriba de la base socioeconómica y cultural, el Estado en casi la totalidad de los países de la Unión Europea y los Estados Unidos no sólo se muestra incapaz de evitar situaciones de racismo, sino que implementa políticas tendientes a restringir la entrada de inmigrantes, más aún de aquellos con bajo nivel de capacitación, como así

⁷ Un sondeo realizado por el Real Instituto Elcano revela que el 40% de los españoles es partidario de tipificar la inmigración ilegal como un delito cuando hasta hoy es solo una falta administrativa (*Clarín*, 11 de julio de 2008).

también medidas para expulsar inmigrantes indocumentados⁸. El Estado busca evitar los costos sociales derivados de la instalación residencial de los trabajadores extranjeros y los problemas de convivencia que se registran y tanto le preocupan (Pujadas y Massal, 2002), y sacarse de encima a los inmigrantes sobre todo en tiempos de crisis económica, como es el caso de los miembros de la Unión Europea cuyas economías tambalean desde fines de 2008.

En definitiva, el problema que le genera la llegada de mano de obra inmigrante al Estado radica en que ella produce un quiebre en la base socioeconómica y cultural de los países desarrollados y esta base presiona incesantemente sobre el Estado para que tome medidas al respecto. ¿Y cómo reacciona el Estado? A través del endurecimiento en las políticas migratorias que lesionan las libertades y los derechos individuales de los inmigrantes. Las consecuencias negativas que la inmigración conlleva para el Estado tienen como efecto directo y evidente la formación de un círculo vicioso porque frente a los reclamos de base socioeconómica y cultura el Estado responde con medidas y discursos que acentúan el miedo a la inmigración y no hacen otra cosa que quebrar aún más dicha base.

Sin embargo, la integración económica del inmigrante presenta otra consecuencia negativa, pero en este caso que afecta más a las sociedades que al Estado en el Primer Mundo. Me refiero a la escisión que produce en estas sociedades. Garretón (2001) afirma que, por ejemplo, las sociedades latinoamericanas están marcadas por una escisión que penetra todas sus categorías sociales y que, en consecuencia, las convierte en sociedades escindidas entre los “de adentro” y los “de afuera”, en las que los de adentro se enfrentan entre sí y también con los de afuera en una lucha a todo o nada para evitar caer en la exclusión y la pobreza. Este fenómeno que Garretón remarca para América Latina se presenta también en las sociedades desarrolladas de la Unión Europea y los Estados Unidos, con ciertas salvedades por supuesto, y el Estado se presenta impotente frente a él pues aún no ha podido suturar esta fisura. En efecto, muchas ciudades norteamericanas, como Nueva York y Los Ángeles, han ido transformándose con el tiempo en constelaciones de guetos, miserables o de lujo, recíprocamente segregados, y conectados (siempre que lo estén), pero independientemente unos de otros, a circuitos nacionales de integración política, económica y cultural (Signorelli, 1996b). En España, sucede algo parecido. Los inmigrantes ecuatorianos que residen en Barcelona viven concentrados en los distritos obreros y prácticamente están ausentes en los distritos burgueses o de clase media (Pujadas y Massal, 2002).

Ahora bien, la idea de que los inmigrantes desplazan a los nativos en la esfera laboral es más ficticia que real. Es una falacia en muchos casos creada, alimentada y agigantada por los medios de comunicación y la dirigencia política, en particular la de derecha, que al hacer un uso oportunista del miedo a la inmigración contribuyen irresponsablemente a instalar una visión un tanto conflictiva y perjudicial de ella, alimentar el malestar y la sensación de alarma social y temor por caer en la pobreza, fomentar la xenofobia y fracturar más la base socioeconómica y cultural de las sociedades huéspedes. Los inmigrantes no son competidores directos por los empleos que el mercado laboral ofrece porque los trabajadores nativos son los primeros en desechar los empleos de menor nivel, calificación y remuneración por otros

⁸ La reacción de los Estados Unidos en este punto es quizás la más contradictoria de todos los países receptores de inmigrantes. Paradójicamente y en simultáneo con la firma y posterior aplicación de tratados de libre comercio (TLCs) con varios países latinoamericanos, en la última década el país del norte acentuó barreras de todo tipo a la entrada de inmigrantes latinoamericanos (García Canclini, 1999), en especial después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Sin ir más lejos, George W. Bush durante sus ocho años en el poder, por un lado, reformuló todo el sistema de control migratorio, dificultó los trámites de inmigración, triplicó el número de efectivos que patrullan las fronteras, construyó un muro alrededor de la frontera con México y, quizás lo más grave de todo, logró la sanción de una norma, la Ley Patriótica, que restringe severamente los derechos de los ciudadanos nacionales o extranjeros, ya que permite, por ejemplo, que los inmigrantes que representen una amenaza a la seguridad nacional puedan ser procesados o deportados sin causa jurídica aparente. Y por otro lado, no dejó de presionar a los países latinoamericanos para que se unieran en la conformación del ALCA, un área de libre comercio que abarque a todo el continente.

mejores que luego son bien recibidos por los inmigrantes. Y esta realidad, que los medios y la dirigencia política de derecha ocultan intencionalmente, no hace más que confirmar que la idea del inmigrante como competidor directo del trabajador nativo es una falacia absoluta.

La integración cultural trae consecuencias positivas y consecuencias negativas a los países centrales. El costado positivo de la integración cultural del inmigrante es que como resultado de ella los inmigrantes son una presa muy preciada para los medios de comunicación. En los Estados Unidos, la sola presencia de 37 millones de latinos (Barros Fernández y Zaldívar Piedra, 2004) hace del mercado hispanoparlante un mercado de consumidores muy atractivo para las empresas del rubro, ávidas por ganar nuevos mercados y acrecentar sus ganancias. La cadena Univisión es un buen ejemplo en este sentido pues emite programas para la comunidad latina residente en los Estados Unidos. Asimismo, la integración cultural ha permitido que artistas latinoamericanos hagan pié exitosamente en el mercado norteamericano de la música pues tienen la certeza de que existe un público que consume lo que producen, cuando décadas atrás era impensado que artistas de la música latinoamericana triunfaran en este exigente mercado.

Pero también es un problema sobre todo para el Estado. Si bien el inmigrante adopta los parámetros culturales de la sociedad que lo recibe, mantiene su cultura de origen lo que da como resultado situaciones de interculturalidad en el país receptor, como en algunas zonas de los Estados Unidos, sobre todo en los estados del sur, donde se registra un proceso evidente de “latinoamericanización” (García Canclini, 1999). El problema de estas situaciones de interculturalidad es que en muchos casos aviva más la conflictividad social originada por la presencia del inmigrante y los mitos creados en torno a su figura, que el Estado no puede resolver. Ciertas sociedades huéspedes no toleran las manifestaciones culturales de los inmigrantes ante el temor que su cultura se vea contaminada o invadida por lo foráneo, por lo diferente, y constantemente se registran conflictos culturales. En este sentido, España es el caso más evidente de lo que sostengo. Pujadas y Massal (2002) notan que en la sociedad española, incluidas la prensa y la clase política, la cultura del pluralismo brilla por su ausencia. En efecto, las diferencias culturales (y también religiosas) provocan recelos, rechazo y miedo, reacciones de tipo defensivo que sin duda son la antesala de la xenofobia (aunque no necesariamente del racismo). El *quid* de la cuestión está en que, tal como sostienen Dubet y Martuccelli (2000), las sociedades más homogéneas socialmente son también las más cerradas culturalmente.

Como únicamente en los Estados Unidos los inmigrantes latinoamericanos están plenamente insertos en términos políticos, un hecho digno de destacar si lo comparamos con lo que sucede en la Unión Europea, analizaré qué implicancias trae la integración política del inmigrante sólo en este país. Ella le ocasiona nada más que beneficios al Estado norteamericano. Y sostengo esta afirmación sobre la base que la comunidad hispana es la primera minoría en los Estados Unidos y, por lo tanto, su voto se ha convertido en sumamente interesante para la dirigencia política y muchas veces definitorio en tiempos de elecciones, como lo fue por ejemplo en la reñida elección presidencial del año 2000 que dio como ganador a George W. Bush. La política norteamericana no puede prescindir hoy en día del voto hispano y esto explica que haya un interés muy fuerte por este voto. Prueba de ello es la tendencia presente en los candidatos a cargos de representación popular de seducir persistentemente el voto de los hispanoparlantes, para lo que recurren a técnicas tan diversas como grabar *spots* publicitarios dirigidos específicamente a los hispanos y hablados en español.

La inmigración como problema o como solución

En función de lo analizado hasta el momento, parece ser que *a priori* la integración económica y cultural del inmigrante trae consecuencias positivas y negativas para el Estado y la sociedad en los países huéspedes, la integración política únicamente les trae consecuencias positivas, y la exclusión social del inmigrante, sólo consecuencias negativas a estos dos actores. Pero en definitiva, ¿el fenómeno de la inmigración en los países del Primer Mundo es un problema o una solución? Es un problema para el Estado en dos sentidos. Primero, la llegada de numerosos inmigrantes, y en especial de inmigrantes ancianos, significa un peso enorme sobre el sistema público de salud que le cuesta cada vez más al Estado afrontar. Segundo, la llegada de inmigrantes en masa supone un quiebre en la base socioeconómica y cultural de la matriz sociopolítica de los países del Primer Mundo, con las consiguientes presiones ascendentes sobre los otros componentes de la matriz. Es decir, el inmigrante al integrarse a la base mencionada hace que ésta estalle en dos partes antagónicas e irreconciliables (por un lado, los trabajadores nativos y, por el otro, los trabajadores extranjeros) porque su presencia en la sociedad huésped provoca en los miembros nativos de dicha base sentimientos de recelo, rechazo y xenofobia hacia él y, en consecuencia, una constante acción de reclamo al Estado para que éste aplique políticas migratorias más restrictivas y punitivas con el objeto de impedir que el inmigrante les quite sus fuentes de empleo. Y a todo esto el Estado responde con deportaciones masivas y el cercenamiento de derechos para los inmigrantes⁹.

No obstante, el fenómeno de la inmigración también puede y debe ser entendido por los medios de comunicación, la derecha política, el Estado y el conjunto de las sociedades huéspedes como la solución a varios problemas que afectan a los países desarrollados. Los flujos migratorios son benéficos tanto para los europeos como para los norteamericanos por la sencilla razón de que vienen a solucionar ciertas cuestiones no menores que afectan al Primer Mundo y que son propios de los últimos tiempos. Como bien mencioné anteriormente, los inmigrantes aceptan los empleos que los trabajadores nativos van dejando, como ser el trabajo doméstico. En la sociedad huésped, en efecto, la mujer decide salir de su hogar para trabajar, entonces necesita de alguien que asuma las tareas diarias que ella abandona. ¿Quién es ese alguien? Nada más y nada menos que el inmigrante.

Pero por otra parte, y este punto es muy importante, la inmigración viene a ofrecer una solución concreta a los problemas demográficos de los países desarrollados. La gran mayoría de estos países atraviesa una etapa que se caracteriza por un descenso importante del ritmo de crecimiento de la población, que en ciertos casos ya se ubica en una fase de decrecimiento y un concomitante proceso de envejecimiento de la estructura de edades, como resultado del retroceso de la fecundidad que se viene dando desde hace varias décadas y de la reducción de la mortalidad en las edades adultas (que tiende a engrosar el extremo superior de la pirámide poblacional), y que genera un creciente desbalance entre la población activa y la pasiva, provocando dificultades en la seguridad social (Pellegrino, 2003). Los inmigrantes constituyen una solución al proceso de envejecimiento y crecimiento negativo o muy lento de la población que afecta a las sociedades desarrolladas, sobre todo las europeas, puesto que contribuyen al dinamismo demográfico del Primer Mundo y a mantener la relación entre población activa y población inactiva que hace viable el sistema de seguridad social.

Los países receptores se escudan en que no pueden aceptar hoy a los inmigrantes como cuando los países de América Latina tenían un inmenso territorio por poblar y que la desocupación creció en los años recientes como resultado, entre otras causas, de la inmigración (García Canclini, 1999). No obstante, tanta xenofobia, tanto rechazo y tanta

⁹ En España, por ejemplo, que es uno de los países que más inmigrantes recibe de toda la Unión Europea, frente a las presiones de la sociedad por frenar de algún modo el aluvión migratorio, los diferentes gobiernos desde 2000 a la fecha han venido respondiendo con un tratamiento cada vez más restrictivo de la inmigración.

miopía les impiden ver que los inmigrantes en el fondo son funcionales a sus economías y que, como bien señaló en una carta abierta el Presidente de Bolivia, Evo Morales (2008), no eligen vivir en ellos para aprovecharse de su prosperidad, sino que lo hacen para contribuir a esta prosperidad. Los inmigrantes son empleados en aquellas tareas que los trabajadores nativos desechan, conforman un mercado interesante de consumidores para los empresarios y de votantes para la dirigencia política, y constituyen un factor dinamizador de los mercados de los países desarrollados, en su mayoría al borde de la saturación. Al exitoso ejemplo ya citado de España, debemos agregar que varios estudios de la Comisión Nacional para la Reforma de la Inmigración de los Estados Unidos indican que en 1999 los aportes de los inmigrantes a la economía norteamericana (unos 10 mil millones de dólares) fueron mayores que los beneficios que recibieron (García Canclini, 1999).

Las migraciones también suponen consecuencias para los países subdesarrollados y expulsores de mano de obra, que no necesariamente deben ser negativas como se las imagina. Lo que se conoce comúnmente como fuga de cerebros, esto es, la migración de mano de obra altamente calificada, acarrea graves perjuicios a esta clase de países porque les resta los recursos humanos necesarios para sortear el subdesarrollo, que luego son aprovechados por los países del Primer Mundo, y en los cuales el Estado ha invertido dinero que no le sobra.

Con todo, los países expulsores de migrantes en muchos casos se ven beneficiados por el fenómeno migratorio. La migración de mano de obra no calificada les quita un enorme peso de encima en el sentido que ella supone un achicamiento de la población económicamente activa con una consecuente merma en las presiones sobre el mercado laboral y los índices de desempleo. Ella ayuda a descomprimir las tensiones sociales y las presiones que el Estado puede recibir en esta parte del mundo y que se derivan del desempleo (Pellegrino, 2003). En este sentido, el Estado siente un alivio fiscal y político ya que debe destinar menos fondos a la población excluida, materializados en planes sociales o subsidios por desempleo, y ve disminuida la cantidad de sectores y actores que le demandan respuestas concretas a sus penurias económicas crónicas. Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que se produce una transferencia de problemas del Tercer al Primer Mundo en relación a qué hacer con esta masa de necesitados.

Pero, en términos generales, las migraciones, ya sea de mano de obra calificada o no calificada, les traen a los países subdesarrollados un gran beneficio que no podemos dejar de mencionar: las remesas que los migrantes envían a sus países de origen. Las transferencias de los inmigrantes se han convertido en una fuente importante de dinero para sus países de origen, llegando en algunos casos a constituir un porcentaje importante de los ingresos provenientes por exportaciones y del PBI, y a mejorar la balanza de pagos (Pellegrino, 2003), como se puede observar en el Cuadro 2. Las remesas significan una fuente adicional de ingresos que engrosan las alicaídas finanzas estatales y contribuyen enormemente a sostener las economías del Tercer Mundo. Las remesas constituyeron, por ejemplo, una de las principales fuentes de ingresos para economías como las de El Salvador y Nicaragua (Castillo, 2003).

Cuadro 2							
Principales países receptores de remesas de América Latina (1990 y 2000^a)							
<i>País</i>	<i>Millones de dólares</i>		<i>Variación media anual</i>	<i>Porcentaje del PBI</i>		<i>Porcentaje de las exportaciones</i>	
	<i>1990</i>	<i>2000</i>	<i>1990-2000 (%)</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>
<i>México</i>	2.492	6.573	10,2	0,9	1,1	5,1	3,6
<i>El Salvador</i>	357	1.751	17,2	7,9	13,6	36,7	47,8
<i>Colombia</i>	488	1.118	8,6	1,2	1,3	5,6	7,2

<i>Brasil</i>	527	1.113	7,8	0,1	0,2	1,5	1,7
<i>Ecuador</i>	50	1.084 ^b	36,0	0,5	8,0	1,5	18,7
<i>Perú</i>	87	718	23,5	0,2	1,3	2,1	8,4
<i>Guatemala</i>	107	563	18,1	1,4	3,0	6,8	14,9
<i>Honduras</i>	50	410	23,4	1,6	6,9	4,8	16,3
<i>Nicaragua</i>	10 ^c	320	41,4	0,9	13,4	2,6	34,0
<i>Resto</i>	147	487	12,7	0,1	0,1	0,2	0,4

Fuente: Castillo (2003).

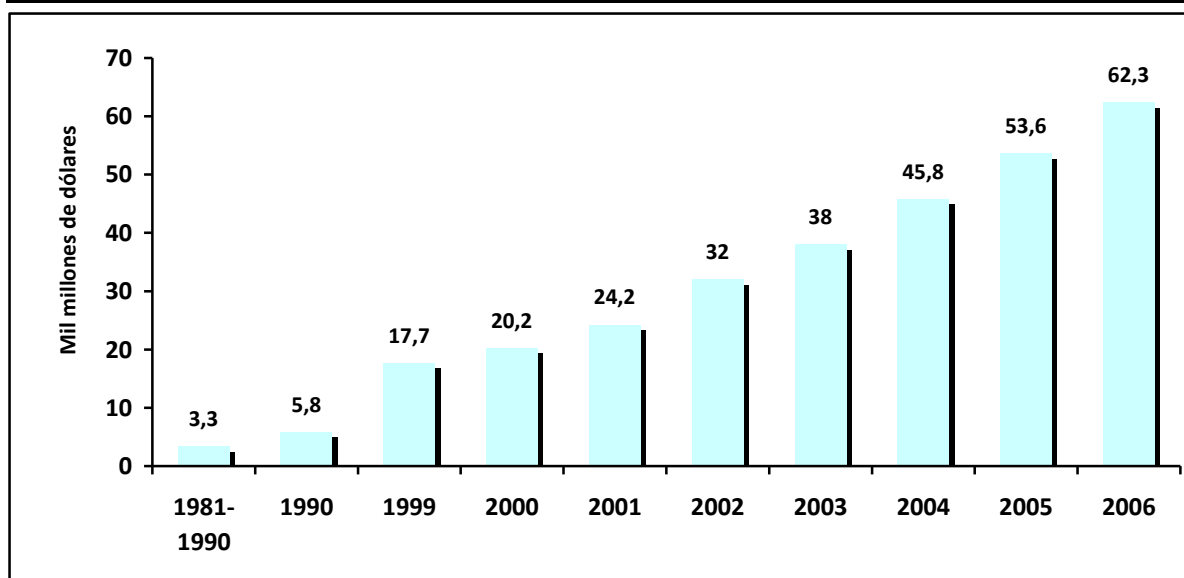
Notas:

^a Se consideran solamente las entradas de remesas en el país declarante.

^b Cifra correspondiente a 1999.

^c Cifra correspondiente a 1992.

Gráfico 1
Evolución de las remesas hacia América Latina y el Caribe en miles de millones de dólares (1981-2006)



Fuente: Solimano y Allendes (2007).

Hay quienes ven un problema en las consecuencias a corto y a largo plazo que las migraciones traen consigo para los países del Tercer Mundo. Por ejemplo, Pellegrino (2003) sostiene que a corto plazo las migraciones pueden resultar altamente beneficiosas para los países expulsores por el aporte de las remesas y porque actúan como válvulas de escape en el sentido que alivian las presiones sobre el mercado de trabajo, pero que a largo plazo la fuga de cerebros, la pérdida de población joven y la dependencia frente a las transferencias de dinero pueden constituir un obstáculo para el desarrollo. Sin embargo, este es un tema para analizar de manera más profunda, lo que excede los objetivos de este artículo, por lo tanto, no entraré en esta discusión. En todo caso, este debate bien puede ser el puntapié inicial para la elaboración de futuros artículos que tomen como objeto de análisis los efectos de las migraciones sobre el Tercer Mundo.

4. Consideraciones finales

A lo largo de este artículo he demostrado las consecuencias benéficas que las migraciones pueden significar para los países centrales y, por ende, que este fenómeno social

contemporáneo no debe ser entendido únicamente como un problema, sino también como una solución. En este sentido, la evidencia aquí incluida corrobora la hipótesis en torno a la cual gira este artículo. Ahora bien, de lo que se acaba de exponer se desprenden además diversas e interesantes conclusiones.

Primero y principal, si bien los países del Primer Mundo pretenden incansablemente frenar la creciente afluencia de inmigrantes, la realidad nos muestra que no pudieron ni pueden detener semejante movimiento interestatal de individuos porque miles y miles de inmigrantes indocumentados siguen penetrando sus fronteras a pesar del endurecimiento de las políticas migratorias. Los países desarrollados creen erróneamente que limitando la entrada de inmigrantes y expulsando a quienes ya ingresaron pueden poner fin a las demandas incesantes de la sociedad, a los conflictos sociales y culturales, y al estancamiento de sus economías. Están tomando medidas equivocadas: no tiene sentido que levanten barreras inútiles al flujo transnacional de mano de obra como así tampoco hacer de los inmigrantes los chivos expiatorios de sus problemas es la solución adecuada. Las políticas y los esfuerzos deben estar dirigidos a atacar las causas y no las consecuencias de la inmigración masiva de personas. En todo caso, es necesario pensar en políticas inmigratorias que no se reduzcan a leyes y controles migratorios o fronterizos, sino que incorporen el derecho a no migrar (Mármora, 1990). Es decir, frente a la explosión del fenómeno migratorio existe una necesidad de implementar y sostener políticas económicas y sociales que permitan que las personas se desarrollen en sus países de origen en forma digna en cuanto a opciones laborales, salarios justos y respeto e igualdad de oportunidades (Ruiz, 2002). Y esta tarea también le concierne al Primer Mundo porque es corresponsable de la pobreza y el atraso de los países del Tercer Mundo al haber contribuido en agrandar enormemente la deuda externa de estos últimos. Debe evitarse más que nada el deseo de abandonar el país de origen y para eso se vuelve urgente superar las nuevas formas de exclusión social que el actual modelo socioeconómico globalizado genera en el Tercer Mundo. Detrás de las migraciones hay una responsabilidad compartida entre los países de origen, tránsito y destino de los flujos migratorios. Los países del Primer Mundo deben asumir sus responsabilidades, contribuyendo a ayudar en el objetivo de alcanzar el desarrollo y garantizando que la crisis alimentaria en el mundo no agrave la situación nutricional en los países subdesarrollados.

Segundo, en los países centrales debería haber una nueva expansión del concepto de ciudadanía que abarque e incluya a las nuevas oleadas de inmigrantes. Esto es importante porque en la actualidad se aprecia un déficit de ciudadanía que afecta no a los habitantes nativos de una sociedad, sino a aquellas personas extranjeras que por motivos de diversa índole deciden instalarse en ella. Hoy es más sencillo hacer inversiones en un país extraño que volverse ciudadano de ese país. En el caso de nuestra América, como dice García Canclini (1999), aún estamos muy lejos de construir una ciudadanía continental o regional al estilo de la Unión Europea porque tantas barreras que levantan los Estados Unidos aplacan cualquier ilusión de que los latinoamericanos y norteamericanos en futuro no muy lejano podamos integrarnos del mismo modo en que lo hacen los ciudadanos europeos.

Tercero y último, las diferencias culturales nunca desaparecerán, pero perfectamente pueden volverse combinables. Prueba de ello es la solidaridad presente entre diversos grupos de inmigrantes a pesar de la competencia generalizada en tiempos en que la globalización estimula rivalidades (García Canclini, 1999). La convivencia entre lo diferente no es una utopía, sino algo que puede y debe materializarse, pero esto es un proceso largo y sinuoso que el género humano debe empezar a transitar cuanto antes.

5. Bibliografía

- Barros Fernández, A. y Zaldívar Piedra, M. (2004): “Los latinos tras el sueño americano” en *Boletín Electrónico*, N° 7, Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, La Habana, noviembre-diciembre.
- Bauman, Z. (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Burgers, J. y Engbersen, G. (1996): “Globalization, migration and undocumented immigrants” en *New Community*, 22 (4).
- Castells, M. (1999): *Globalización, identidad y estado en América Latina*, PNUD, Santiago de Chile.
- Castillo, M. A. (2003): “Migraciones en el hemisferio. Consecuencias y relación con las políticas sociales” en *Población y desarrollo*, N° 37, CEPAL, Santiago de Chile, mayo.
- CEPAL (2006): *Migración internacional, derechos humanos y desarrollo*, CEPAL, Santiago de Chile, agosto.
- Dubet, F. y Martuccelli, D. (2000): *¿En qué sociedad vivimos?*, Editorial Losada, Buenos Aires.
- García Canclini, N. (1999): *La globalización imaginada*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Garson, J. P. y Thoreau, C. (1999): “Typologie des migrations et analyse de l’intégration” en Dewritte, P. (dir.): *Immigration et intégration: l’état des savoirs*, La Découverte, Paris.
- Garretón, M. A. (2000a): *Política y sociedad entre dos épocas*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario.
 - (2000b): *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*, LOM, Santiago de Chile.
 - (2001): “Cambios sociales, actores y acción colectiva” en *Políticas sociales*, N° 56, CEPAL, Santiago de Chile, octubre.
- Hernández Camacho, S. (2005): “Impacto de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en la política inmigratoria estadounidense” en *Boletín Electrónico*, N° 11, Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, La Habana, julio-agosto.
- <http://www.clarin.com.ar>.
- <http://www.lanacion.com.ar>.
- Lida, C. (1997): *Inmigración y exilio: reflexiones sobre el caso español*, El Colegio de México/Siglo XXI, México.
- Mármora, L. (1999): “Derechos humanos y políticas migratorias” en *Revista de la OIM sobre Migraciones en América Latina*, 8 (2/3).
- Morales, E. (2008): *El papel real de los inmigrantes. Carta abierta de Evo Morales a propósito de la directiva retorno de la Unión Europea* en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=68717>, junio.
- Naciones Unidas (2000): *Desarrollo y cooperación*, N° 5.
 - (2002): *International migration report 2002*, United Nations Publication, Nueva York.
 - (2006): *International migration 2006*, United Nations Publication, Nueva York.
- Pellegrino, A. (2003): “La migración internacional en América Latina y el Caribe: tendencias y perfiles de los migrantes” en *Población y desarrollo*, N° 35, CEPAL, Santiago de Chile, marzo.
- Pujadas, J. y Massal, J. (2002): “Migraciones ecuatorianas a España: procesos de inserción y claroscuros” en *ICONOS, Revista de Ciencias Sociales*, N° 14, FLACSO, Quito.

- Ruiz, M. C. (2002): “Ni sueño ni pesadilla: diversidad y paradojas en el proceso migratorio” en *ICONOS, Revista de Ciencias Sociales*, N° 14, FLACSO, Quito.
- Solimano, A. y Allendes, C. (2007): “Migraciones internacionales, remesas y el desarrollo económico: la experiencia latinoamericana” en *Macroeconomía del desarrollo*, N° 59, CEPAL, Santiago de Chile, noviembre.
- Signorelli, A. (1996b): *Antropología urbana*, Guerini, Milán.
- Touraine, A. (1997): *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Valenzuela, J. M. (1999): “Diáspora social, nomadismo y proyecto nacional en México” en *Nómadas*, N° 10, Bogotá, abril.